

la mujer existe solo en el fondo de su alma, en la satisfaccion de su conciencia, en el amor de los suyos. Y no le basta ser buena: es preciso tambien que sea agradable á su familia, á sus amigos, á la sociedad en general.

Hay un mal horrible en el matrimonio; mal que yo no he padecido y del que pido al cielo te libre siempre: este mal es el de ver á su marido, no solo cansado de su esposa, sino tambien de sus hijos y de su casa; es decir, de todo aquello que debia amar.

Todos los esfuerzos de una mujer deben dirigirse á precaver este mal, y solo se precave haciendo al hombre agradable su casa y su familia.

Los esposos que se cansan no son dichosos, y si se extravían por cansados, culpan amargamente á su mujer de no haber sabido retenerlos.

Influye tambien mucho en el aprecio de un hombre para su mujer, el que la opinión general le sea favorable. Tú, Julia, sobresales por una hermosura encantadora, y el amor propio de tu marido se haya ya bastante halagado: halaga tambien como hasta aquí su corazón, y emplea tu talento en conservar en él un sitio que será para tí el refugio más seguro en todas las borrascas de la vida, el delicioso asilo donde descanses de todas las penas.

FELICIA.

FIN DEL LIBRO.

LA

CORONA NUPCIAL

POR

MARIA DEL PILAR SINUES.

Edición de "La Defensa del Pueblo."

MONTERREY.

IMPRENTA CATÓLICA
CALLE DE DOCTOR MIER, NUM. 70.

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CORONA NUPCIAL

I

Don Agustín de Andrade, rico armador de Barcelona, tenía una familia tan apreciable y tan apreciada de toda la ciudad, que causaba la envidia de los que menos dichosos contaban con escasas simpatías.

Constaba esta familia de su esposa, señora de cuarenta años, poco más ó menos, de un hijo á quien su padre amaba con pasión, y de dos hi-

jas, menores que éste, en extremo amables y agraciadas.

El primogénito se llamaba Carlos y contaba veinte años; la mayor de las dos hermanas, había recibido en la pila bautismal el nombre de Sofía; su hermana respondía al de Carolina.

De estas dos jóvenes, la mayor contaba diez y seis años y la segunda catorce.

El señor Andrade rayaba en los cincuenta; su calva frente atestiguaba la honradez de una vida patriarcal y pasada en el trabajo; sus ojos azules retrataban algunas veces la bondad; hijo de un honrado carpintero, había reunido con su aplicación un caudal, que fue aumentado poco á poco con su desvelo y asiduidad.

La paz más envidiable reinaba en aquella casa; todos eran felices: don Agustín y su hijo estaban en el escritorio al frente de ocho ó diez dependientes, que llevaban las cuentas de caja y los negocios de la casa. Doña Dámasa y sus hijas pasaban el día ocupadas en sus labores, de las que las dos jóvenes distraían algunas horas para sus estudios.

Algunos criados antiguos les servían con asiduidad y celo, y además había otros más jóvenes para los oficios pesados de la casa.

Presidían y gobernaban á la servidumbre, Pelagia, anciana ama de llaves y muy regañona por más señas, y Simón ó más bien don Simón, enjuto mayordomo que siempre estaba disputando con aquella.

Pelagia era alta y gruesa, con cara muy ancha y muy colorada, y ojos muy pequeños y

nariz muy roma; su calma era estremada, y aunque tenía las mejores intenciones del mundo jamás podía apresurarse por nada.

Don Simón rabiaba con ella á más no poder, porque él era listo como una ardilla, y estaba dotado de tan peligrosa actividad, que no podía estar quieto en ninguna parte.

A cada instante había disputas entre doña Pelagia y don Simón; disputas que hacían reír mucho á don Agustín y á toda su familia.

Sin embargo, á pesar de ser tan diferentes en todo, había una cosa en la cual se asemejaban mucho los dos vetustos servidores, y era en el acendrado afecto que ambos profesaban á sus amos; pero aun esto era origen de mil disputas, pues doña Pelagia distinguía á Carolina, mientras don Simón tenía una ciega preferencia por Sofía.

Carlos era en esta parte, el mas afortunado de los tres hermanos, pues los dos viejos le amaban igualmente.

Pero para que jamás faltase motivo de disputa, el joven que se reía de las contiendas de los viejos, era también causa inocente de muchas de ellas, y en honor de la verdad, provocaba cuantas podía por el sabroso placer que hallaba en oírles.

Si doña Pelagia ponía en el tocador de Carlos un traje obscuro, don Simón le aseguraba que aquel día debía vestir de claro; si doña Pelagia le guardaba algún mimo cuando hacía algún plato de dulce, don Simón la reconvenía, diciéndole que eso eran golosinas perjudi-

ciales, y que solo quería enfermar al señorito para después hacer el papelón cuidándole; en fin, si le arreglaba por sí misma la cama, mulléndole los colchones, arropándole y corriendo las cortinas cuando se acostaba, la llamaba officiosa, pesada y otros mil dicterios por el estilo.

Doña Pelagia, no descuidaba tampoco en tildar todas las acciones del mayordomo; si iba á misa le llamaba *santurrón*, y eso que ella era la cristiana mejor del mundo; si leía, *sabiondo*; si dormía, *perezoso*; si contemplaba ó procuraba adivinar el gusto de sus señores, *lagotero*; en fin, el pobre hombre no tenía palabra ni acción que no se le motejase á cada instante.

Don Agustín se divertía mucho con estas contiendas, y las provocaba siempre que podía; pero su esposa, que estando más en contacto con los contendientes sufría las consecuencias, solía enfadarse y regañar á los dos, aunque con la medida que la edad de entrambos exigía.

Entonces cada una de sus hijas defendía á su favorito; Sofía, la mayor, á don Simón; Carolina á doña Pelagia y la discusión crecía, renovándose cuatro ó cinco veces cada día.

Carlos y su padre, después de haber provocado el alboroto, se iban riendo al despacho á contemplar, como ellos decían, los toros desde la barrera.

Tal era el estado de la casa del opulento don Agustín Andrade en el momento que empieza mi narración.

II

Antes de pasar adelante, daremos á conocer la parte física y moral de los demás actores de esta historia.

Natural es empezar por el padre como cabeza de la familia.

Era un hombre de cincuenta años, de estatura elevada y regular corpulencia.

Ya dije antes que era calvo, y que sus ojos azules respiraban bondad; pero esta cualidad del corazón sólo la reconocían su familia y sus amigos, pues para sus dependientes era duro, severo y bastante avaro.

No podía dar al olvido que todo cuanto poseía lo había reunido, según su expresión usual, real á real; y esta circunstancia en las almas que no están dotadas de gran elevación de sentimientos, deja un fondo de dureza y amargura que jamás desaparece por completo.

Su juventud había sido triste y llena de hu-

millaciones; huérfano desde una edad muy tierna, no había tenido quien enjugara sus lágrimas y quien le consolase de los rudos tratamientos de su maestro; muchas noches había pasado á la intemperie, ó durmiendo en un portal; muchos días sin comer; muchas veces había sido herido por la mano de su maestro ó de alguno de los oficiales, porque había algunos en el taller que se complacían en maltratarle; ¡tales eran la ruindad de sus corozones y la bajeza de sus sentimientos!

¡Porque hay en la pobreza tantos sufrimientos que vosotros ignoráis queridos lectores; ¡Ojalá que nunca los probéis ni sepáis lo que cuesta en muchas ocasiones ganar un escaso pedazo de pan, que muchas veces se riegra con lágrimas amargas!

Agustín había perdido á sus padres poco después de nacer, quedando á cargo de un tío suyo, que el día en que cumplió seis años, le dijo:

—¡Canalla! ¡A ganar el pan!

Aquel hombre, que era guarda de puertas, no reparó, ó no quiso reparar, en la endeble y mísera constitucion de su sobrino, minada más y más por la abundancia de los golpes que le daba y la escasez de aquel pan que hasta el día le había dado, y que entonces le enviaba á ganar.

Si el guarda de puertas hubiera sido maestro de escuela habría puesto un letrado con letras muy grandes á la puerta del aula que dijese:

LA LETRA CON SANGRE ENTRA.

Pero como destinaba á su sobrino al oficio de carpintero, se dijo así mismo.

El conocimiento de la sierra y del escoplo entrará, según creo, con los golpes. Y llevó á su sobrino á casa de un carpintero que tenía fama de ser el más hábil de Barcelona, pero el mas bruto y feroz.

El pobre muchacho padeció lo que no se puede describir; en aquella tierna edad en que necesitaba del amor y de los cuidados de una madre, nadie enjugaba sus lágrimas ni se interesaba por sus infortunios; no tenía ni aun el infame consuelo de elevar su corazón á Dios en una hermosa súplica, pues el niño, ni sabía rezar ni que existía un ser Todopoderoso que ha dicho: *¡Bienaventurados los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos!*

¡Pobre Agustín!

Faltábanle, al mismo tiempo que todos los socorros de la tierra, todos los consuelos celestiales.

Cuando nuestra alma se eleva en alas de la oración hata el trono de Dios, se olvidan todos los dolores de la tierra, y nos parece que el soberano Señor de todo lo criado nos mira sonriendo con paternal bondad.

Otro hermoso refugio tiene la infancia y la juventud, éste es el amor y la devoción á la Virgen María, consuelo de aflijidos y amparo de los desconsolados

Los niños á quienes se les acostumbra á mirar como á su madre á la Madre de Dios, son por lo común, de carácter bondadoso y tierno; son caritativos y pacientes, y se inclinan al bien con preferencia á todo, por convicción y por tendencia natural.

Agustín, cuya índole era dócil y humilde, hubiera sido un muchacho angelical si le hubiese educado una madre piadosa y buena; pero abandonado á sí mismo, y no teniendo ejemplos buenos á la vista, ni santas máximas en el oído ni en el alma, su corazón se endureció, y se hizo vengativo y egoísta.

Aprendió con perfección el oficio; abrió un taller por su cuenta, y algunos años después era uno de los más ricos armadores de Barcelona sin que su actual ventura le hiciese olvidar ni por un instante sus desventuras pasadas.

Casóse con una joven, hija única de un opulento comerciante, y que llevó un dote cuantioso, pero que era una de esas criaturas frías, sin voluntad ni sentimiento, y que ni por una hora en tantos años de matrimonio supo comprender á su esposo.

Era un autómatas que hacía sólo lo que su marido le ordenaba, y que ni tuvo jamás en su casa el lugar que le correspondía, ni se le ocurrió reclamarlo.

Puede decirse que la gobernadora general era doña Pelagia, cuyo carácter activo y despejado entendimiento eran muy á propósito para gobernar.

Poco á poco la sumisión pasiva y helada de

doña Dámasa, (ésta era el nombre de la esposa del armador,) fue creciendo, llegando á convertirse en una nulidad completa.

Jamás discutía; mejor dicho, jamás se detenía á discurrir; jamás negó nada á sus hijos; pero jamás tampoco reparó en que estuviesen tristes, sin que la inquietasen más las enfermedades de su cuerpo que las enfermedades de su alma.

En suma, doña Dámasa era una de esas naturalezas heladas y egoístas, que no valen ni aun para sí propias.

De sus hijas, la mayor se le parecía bastante, al paso que la más pequeña estaba dotada de la misma prodigiosa actividad que su padre.

Sin embargo, ni Sofia tenía el alma tan helada como doña Dámasa, ni Carolina tenía tan duro corazón como su padre; aquella, alta, rubia y bastante sosa, era pacífica y algo indolente; Carolina, pequeña, morena y viva, era revoltosa y activa, más cariñosa y entusiasta que su hermana.

Su padre las quería á las dos con igual pasión.

Su madre no era capaz de amar á nadie más que á así misma, y esto no mucho tampoco,

Carlos era amado de todos y él amaba á todos también; era un buen muchacho, alto como Sofia, y moreno como Carolina; gallardo, cariñoso, pulcro y elegante; siempre alegre, su vida participaba del trabajo y de los placeres propios de su edad.

Su padre, á quien la pobreza había ocasionado tan amargos sinsabores, le había educado lo mismo que á sus hermanas, en medio del fausto y de la magnificencia; pues, aunque bastante avaro con los extraños, nunca lo era cuando se trataba de sus hijos, que constituían lo que más amaba en este mundo.

Doña Pelalagia, además de sus funciones de ama de gobierno había sido una especie de aya para las dos niñas, que la querían, Carolina con toda la vehemencia propia de su carácter, y Sofía con cuanto cariño podía caber en el suyo.

Educadas en uno de los mejores colegios de Barcelona, en el cual pasaban casi todo el día, la buena doña Pelagia era la que velaba por ellas en las horas restantes; asistía á su tocador, cuidaba, ayudada de una doncella, de sus vestidos y ropa blanca, y las acompañaba á paseo.

Su madre era para ellas una especie de sombra, muy respetable y muy respetada, pero á la cual no se daba parte ninguna de los acuerdos de la casa.

Don Agustín había educado á Carlos, pues éste no había tenido preceptor; es verdad que la bella índole del joven y su perspicaz inteligencia había necesitado de muy poco trabajo para pulirse.

Hay algunas almas bellas en las que es natural y nativa la intuición de todo lo hermoso, noble, y bueno; la de Carlos era una de estas almas tan escasas en el mundo.

Alegre, activo, trabajaba con placer y jugaba con sus hermanas, hacía reír á su madre con sus entusiastas caricias y llenaba de vanidad el corazón de don Agustín.

Descrita ya la familia, pasaremos á describir la casa del armador, para la mejor inteligencia de esta historia.

III

En el bellissimo paseo de la Rambla, de la culta, la hermosa, la industrial Barcelona, se elevaba una soberbia casa, que más parecía un palacio, y que era la que habitaba la familia de Andrade.

Durante el verano; por las mañanas y á la caída de las tardes, era casi fijo el ver tres bellas cabezas en el gran balcón mirador, cerrado con cristales, que se abría sobre la puerta principal, de dobles hojas y madera esculpida.

Aquella puerta era muy grande; tenía por llamadores dos enormes cabezas de león, de